



PRENSA DE LA DIÓCESIS DE SAN CRISTÓBAL

Dios no acepta de ningún modo el servilismo

## La adoración, actitud arrinconada

Pedro Trigo, s.j.\*

La adoración es una actitud arrinconada por el servilismo y el individualismo. Hoy, unos no saben qué es eso de adorar y otros no quieren hacerlo porque están hartos de agachar la cabeza

**E**n un mundo de fetiches que exigen sacrificios la adoración es una actitud liberadora, pero casi desconocida. Intentaremos darla a conocer brevemente.

Quien adora realmente a Dios respeta a todos porque alcanzó la libertad. Es claro que la adoración es una actitud básica del ser humano ante Dios en toda la tradición judeocristiana. Más aún, es una actitud cuyo único destinatario es Dios. Amar, obedecer, agradecer, incluso tener fe y esperar, son actitudes que expresan nuestra relación con Dios como correspondencia adecuada a lo que es él en sí y para con nosotros; por eso, entendidas de modo absoluto únicamente convienen a nuestra relación con él. Sin embargo, no sólo pueden mantenerse también con otras personas sino que la relación con Dios pide que así se haga. No se puede amar solo a Dios. Es un mentiroso quien dice que ama a

Dios y no ama también a sus hermanos. Quien ama a Dios tiene que amar también a los que han nacido de su amor. Sin embargo, si adoramos a Dios, él exige que solo lo adoremos a él. Es el tema de la idolatría, que atraviesa toda la Biblia como una de sus columnas vertebrales (Ex 20,2-6; Mt 4,10; Lc 16,13).

La adoración expresa básicamente el reconocimiento de lo que es Dios respecto de lo que somos nosotros, y equivale por eso a situarnos desde nuestra verdad ante la verdad de Dios. Al ponerse ante su realidad aflora el desnivel absoluto, pero también la participación en él y la pertenencia a él. De ahí brota el espanto y el anonadamiento ante su presencia, que él recubre con su misericordia. Así aparece en todas la teofanías de la Biblia.

Uno puede estar ante él adorándolo porque es él el que lo admite a uno en su presencia. La adoración es una relación totalmente asimétrica; pero de ese modo los actores se complementan. Lo propio del ser humano es el reconocimiento de no ser nadie ante Dios, de no merecer estar ante él, aunque necesite y desee comparecer ante su presencia. Lo propio de Dios es acoger gratuitamente al ser humano sin humillarlo sino, por el contrario, enalteciéndolo. Y el ser humano sabe ante quién está y por eso, está con confianza, pasando por encima de su absoluta inadecuación. Y Dios sabe quién es el ser humano y por eso lo arroja con su amor que enaltece. El respeto y la humildad son así las actitudes del que adora; pero también la confianza de fondo. Si falta uno de los dos armónicos, es señal de que el ser humano no se ha hecho cargo de ante quién está.

Desde la perspectiva cristiana, la adoración es el reconocimiento del amor de Dios o de Dios-Amor, que nos funda, el reconocimiento agradecido y sobrecogido de que lo que nos funda, posibilita e impele sea amor, amor infinito, amor personal. Por eso, si solo el amor es digno de fe, también solo él es digno de adoración<sup>1</sup>. Así pues, la adoración es la respuesta adecuada del que profesa esa fe. Una respuesta que personaliza a quien la da y que lo libera para que resista a la tentación de adorar a la riqueza y al poder, que, junto con el placer<sup>2</sup>, son los ídolos, o, peor, los fetiches a quienes sus adoradores inmolan como víctimas a la mayoría de la humanidad. La capacidad de no idolatrar es la gracia de la adoración.

Hablamos del reconocimiento agradecido. La admiración adviene cuando se percibe que “los cielos y la tierra están llenos de su gloria” (Is 6,5), es decir, que lo que tienen los seres de reales les cae grande y por eso se les sobra respecto de lo que tienen de específico, digamos de su esencia<sup>3</sup>. Así pues, para el que sabe mirarlos, los seres no solo hablan de sí mismos sino de la realidad que, en verdad, reluce en ellos. Es lo que recoge el *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz: “Mil gracias derramando/ pasó por estos sotos con presura/ y yéndolos mirando/ con sola su figura/ vestidos los dejó de su hermosura”. No es, como se ve, solamente la admiración de que haya ente en vez de nada, sino de que esa realidad sea dada, sea gratuita y, en ese sentido, tenga gracia, porque es fruto de un amor personalizado, constante y puro.

No es posible negar que existan realidades que provocan admiración. Gracias a Dios, hay mucho que admirar. ¿Pero es posible adorar también en tantas realidades destrozadas por nosotros los seres humanos? Sí es posible, porque el destrozo no las define completamente: siempre quedan en ellas rastros de ese amor primordial que sigue fundándolas e impeliéndolas, que es mayor que toda violación y maltrato. Con ojos limpios siempre se puede llegar a ver que “donde abunda el pecado sobreabunda la gracia” (Rm 5,20). Por eso, sobre todo en ellas, se puede adorar y hay que adorar. Despreciarlas o pasar de espaldas para no verlas y no ser afectados por ellas o tenerlas meramente lástima, no es la actitud adecuada, la que hace justicia a la realidad. Hay que verlas con respeto y solo desde él se podrá adorar en ellas.

El sobrecogimiento adviene, este caso lo expresa patéticamente, no solo de la desproporción absoluta entre nuestro pobre amor y el infinito del nuestro Creador, sino, más todavía, de la comparación entre el abismo de nuestro pecado que destroza la creación, que la degrada y que nos deshumaniza a nosotros mismos, y ese amor constante que nunca se rinde, que solo quiere y sabe vencer al mal a fuerza de bien.

En unos momentos o períodos de la vida predomina una u otra actitud y también unos acontecimientos son más proclives a desencadenar una emoción u otra, pero en alguna medida tienen que estar ambas presentes, si la actitud ante Dios es genuina.



VOCACIONES JESUITAS, ESPAÑA

### EXPRESIÓN SIMBÓLICA DE LA ADORACIÓN

Desde lo dicho queda claro que la adoración es actitud y acto. Ante todo actitud. Quien camina humilde, agradecida y responsablemente ante el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, sabe que está siempre en tierra sagrada o, mejor, que nunca está solo, no solamente porque camine con él sino porque sabe que su amor en él es lo más valioso y real de él y no solo de él sino de todo lo bueno que ve y con lo que entra en contacto. Una persona así siempre vive relativizada, no solo en el sentido de que capta intuitivamente que no es absoluto sino, sobre todo, en el de que se sabe y se vive constitutivamente referido a Dios. Es una actitud recogida, agradecida, trémula, fuente a la vez de paz y de respeto.

Como los seres humanos somos animales simbólicos, esta actitud se expresa no solo en conductas sino también en actos expresivos. El más tradicional, que caracteriza sobre todo al islam, es prosternarse de rodillas, incluso inclinarse arrodillado hasta tocar el suelo con la frente. Claro que esta postura puede degenerar en ritualismo vacío o sumisión servil, que pueden compaginarse con un corazón lejos del Señor y de su voluntad. Es algo que reprochan constantemente los profetas a quienes inclinan la cerviz pero tienen el corazón incircunciso. El problema en esos casos es que el cuerpo ha pasado de símbolo a velo que encubre el espíritu; no se critica la posición corporal sino su vaciamiento.

Pero cuando el acto de adoración se practica en este sentido simbólico, que recoge no solo el gesto sino la intención profunda, tenemos que decir que es el mayor aporte del islam a la humanidad. Al verlos así nos recuerdan, y muy particularmente a los cristianos, que el ser humano solo alcanza toda su estatura cuando cae libremente de rodillas ante su Dios. Cuando se arrodilla sin que le quede nada por dentro, sin sentir por eso la más mínima humillación sino al contrario como acto de realización plena, como refrendo y actualización de lo más genuino de su ser.

Es obvio que, como nos pasó a los cristianos en la época de cristiandad, una parte considerable de esa convergencia social que existe en el islam en torno a la adoración se debe a presión social o, más suavemente, a costumbre ancestral; pero no podemos desconocer que no pocos, a través de ese gesto, adoran realmente a Dios en el sentido que hemos expresado.

### LA DIFICULTAD ACTUAL DE ADORAR

Recordábamos que la adoración se ha expresado corporalmente de modo simbólico postrándose ante Dios. A partir de los años sesenta, coincidiendo con el Concilio, pero también con un cambio muy profundo en el imaginario occidental, la postura corporal ante Dios ha ido variando de modo consistente. No solo no se acostumbra a postrarse ante él sino que también la genuflexión está cayendo en desuso.

Se podría aventurar una relación entre este cambio y el proceso acelerado de despatriarcalización en el occidente desarrollado. Tradicionalmente la actitud ante el padre era el respeto y la obediencia, teñidos de amor filial; en nuestros días todo queda en una cierta confianza y cariño con una etapa provisional de relativa obediencia. ¿No se observa un corrimiento paralelo en las relaciones con Dios? Si hoy no se entiende lo que significa “honrar padre y madre”, tampoco parecería que tuviera mucho sentido honrar a Dios o buscar su gloria. Insisto en que el problema no es que no se quiera honrar a Dios o buscar su gloria sino que no se sabe bien qué puedan significar esos conceptos y por eso se busca decir lo mismo con otras palabras.

Aunque también puede suceder que entendamos y vivamos la religión como mera proyección de los valores culturales y por eso, al variar éstos, cambia el modo de vivir la religión. Seguramente han pasado ambas cosas. Por eso se impone el deslinde.

Eso mismo podemos anotar respecto de la adoración. ¿Es posible concebir y practicar hoy la adoración a Dios? Quienes se relacionan con Dios ¿se relacionan con él adorándolo? ¿Qué significa en concreto adorar para el que dice que lo hace y para el que dice que no? Si nosotros decimos que adoramos a Dios ¿cómo expresamos esa actitud?

La adoración no puede ser para el cristiano la mera reacción ante la teofanía. Esto es así porque para el cristiano el misterio divino tiene un nombre: es el Padre de nuestro Señor Jesucristo y en él nuestro Padre. Por eso la primera reacción es la confianza absoluta. Pero ese Padre, tanto para Jesús como para nosotros, es Dios. La confianza no es a un ser previsible, que está en nuestro mundo y es como nosotros. Es a un abismo insondable. Es abismo de amor que se entrega, pero no deja de ser abismo y por eso sin rostro y absolutamente libre. Si esta dimensión se nos escapa, es que no nos estamos haciendo cargo de la realidad de Dios, de su misterio. Lo estamos trivializando, en vez de situarnos nosotros en ese ámbito que nos excede absolutamente y que es el único horizonte adecuado para hacernos cargo de nuestra realidad y de la realidad entera.

Tenemos que preguntarnos si la ausencia de ese gesto entre los cristianos de hoy y la dificultad de poner otros equivalentes, no expresa la ausencia real en nuestra cultura de esta dimensión fundante, incluso la ausencia entre los que nos profesamos genuinamente cristianos. Ser cristiano no puede reducirse a pensar bien y obrar bien, como creían los ilustrados. La adoración es una actitud más elemental y por eso más definitoria, incluso una actitud escatológica. ¿No tenemos que reconocer una dificultad de situarnos ante el Señor? No basta con amar a Dios en todo; es imprescindible amarlo sobre todo. Si esto no se da ¿se dará aquello o nuestra vida, pretendidamente cristiana, se reducirá a una mera declaración de principios?

Para tratar de hacer luz, vamos a fijarnos en la tercera tentación. Jesús no se inclina ante quien ofrece el poder y la gloria porque solo adora a Dios. ¿Significa que hay que tener con Dios los mismos gestos de sumisión que se tienen con los poderosos, aunque ejercitados al máximo? Como constatación empírica habría que reconocer que así se ha hecho y enseñado sistemáticamente en la cristiandad: los ceremoniales de la Iglesia se han parecido demasiado a los de las cortes de los reyes y a los de los demás aparatos de poder. Pero, si se pregunta por el deber ser, la respuesta es que de ningún modo. Hacer eso equivaldría a concebir a Dios como el Dios de los dioses y el Señor de los señores: el ídolo mayor. Si Jesús asienta que solo

hay que adorar a Dios, significa que quien lo adore no tiene que someterse a nadie, que no puede aceptar canjear su dignidad para obtener beneficios. Hay que tener respeto a todos: a nadie se le puede despreciar y ante nadie hay que ser servil.

¿Y respecto de Dios? Dios no acepta de ningún modo el servilismo. Ante Dios, respeto sumo, dentro de la suma confianza, más aún, como expresión de que la confianza es al amor absoluto, que es absolutamente libre, a la fuente sin fondo de todo lo que existe, al amor absolutamente creador, fuerte y dúctil, inaccesible y entregado, indisponible y amigo de la vida.

---

\* Miembro del Consejo de redacción de *SIC*.

#### NOTAS

- 1 Léon-Dufour, Vocabulario de Teología Bíblica. Herder 1967,45-47 [insiste demasiado en la admiración-sobrecogimiento, aunque luego tematiza el amor]. Balz/Schneider, DENT,II. Sígueme 29-34;1199-1203
- 2 Puebla 405,491,493-502.
- 3 Ese es el sentido que le vemos a la distinción real que hay, según santo Tomás, en las criaturas entre la esencia y la existencia, distinción o aplicable a Dios.